

“Lo único que me duele de morir es que no sea de amor”
(“El amor en los tiempos del cólera”, Gabriel García Márquez)

“Sentir que es un soplo la vida
que veinte años no es nada
que febril la mirada”.
(Extraído del tango “Volver”, Carlos Gardel)

Veinte años después

Autor: Juan Ignacio Sanz

Veinte años después, Juan Ugalde regresaba a la misma ciudad por circunstancias azarosas. Los cambios experimentados por aquella urbe industrial, ahora convertida en un centro cultural y de ocio del norte de España, eran envidiados por el propio Ugalde, que había pasado de ser un ilusionado escritor en ciernes a un profesor de Universidad amargado, resentido y resignado a una triste condición. Sin un futuro claro y con un pasado vívido, Ugalde arrastraba su larga y delgada figura por el centro de aquella ciudad. Su presente se presentaba ocioso. Tras participar en un congreso de Literatura española, celebrado en un esplendoroso e inmaculado edificio de diseño vanguardista y toques marinos, Ugalde paseaba ensimismado por las estrechas calles empedradas de una ciudad que le era desconocida en todos sus aspectos.

Vestido con una chaqueta de piel negra que siempre le quedaría grande en su huesudo y desgarrado cuerpo, Ugalde caminaba por entre la gente, dejando que ésta le apartara y le incordiará en su errante deambular. Se paró frente a un oscuro portal de madera desvencijada, creyendo entrever un poso de recuerdo. Su mirada paseó del portal hasta el segundo piso, donde una persiana ennegrecida cerraba el paso a las miradas de los curiosos. Recordó entonces retazos de una conversación con un conocido. Ugalde no tenía amigos, las personas como él no necesitan de amigos para seguir viviendo.

Le estaba comentando a su compañero de despacho en la Universidad que el fin de semana iba a ir a esa ciudad. El otro, mientras fumaba un cigarrillo le preguntó si había estado allí antes. -Dicen que ha cambiado mucho-, le aseguró su amigo.

Ugalde torció el gesto y se preguntó si sería cierto que había cambiado tanto como aseguraba Antonio, si sería cierto que ya no reconocería aquella ciudad. A decir verdad, ni él mismo se reconocía a sus cuarenta y tres años. Veinte años dan para muchos cambios.

Antonio le volvió a hacer la pregunta, viendo que Ugalde se había perdido en sus pensamientos.

-Estuve una vez hace veinte años-, dijo Ugalde. Y me quedé dos años viviendo allí.

Antonio se sorprendió de esta respuesta y le pidió una explicación. Ugalde se encerró en sí mismo. La suerte de sólo tener conocidos es que uno nunca piensa si desdeña a los demás. Lo hace y punto. Pero aquella tarde, en la cafetería cercana al edificio universitario Ugalde se sintió confiado, algo que casi nunca se había permitido. Pero tampoco quería soltarse alegremente, así que, reticente, afirmó que era una historia muy larga.

A Antonio le gustaba tanto hablar como a Ugalde el mostrarse silencioso y enigmático. La atmósfera del café, del cigarrillo y de la conversación en clave íntima y confiada posibilitó que Ugalde se mostrase condescendiente y aceptase narrar a aquel extraño la historia más íntima de su vida. Pidió otro café para su confidente y un brandy para él y se dispuso a relatar a Antonio el momento más feliz de su vida, cuando era un joven con ilusión por vivir, por amar y por triunfar en la vida.

Un vendedor de lotería, vestido de manera descuidada, distrajo la atención de Ugalde y quebró la línea de la memoria que comenzaba a discurrir en su cabeza. Miró la hora en el reloj de la iglesia cercana y confirmó que le quedaban todavía dos horas para coger el autobús de vuelta a su ciudad. Como no sabía en que emplear tanto tiempo, se metió en una cafetería que había enfrente del portal que le había recordado aquella conversación, mantenida hacía tan solo tres días.

En la cafetería reinaba un ambiente estudiantil. Se encontraba repleta de chicos y chicas que, formando cuadrillas en las mesas, se reían y hablaban sin parar. La música sonaba sin cesar a un volumen demasiado elevado para el oído de Ugalde. Aún así,

decidió quedarse y contemplar a aquellos jóvenes llenos de vida y de ilusión. La entrada de un cliente tan poco habitual no fue recibida por miradas. Incluso en esos instantes, Ugalde se sintió observado, aunque su entrada no fue advertida por ninguno de los chicos, que se dedicaban a pasarlo bien entre ellos.

Se acercó a la barra y esperó la llegada del camarero, un joven vestido con camisa blanca y pelo corto engominado. Encendió un cigarrillo mientras el joven charlaba con una de sus clientes, una chica morena de unos 22 años, de cuerpo escultural, enmarcado en unos vaqueros ajustados y en una camiseta de mangas largas. No interrumpió la conversación del camarero y ni siquiera intentó llamar su atención. Simplemente se quedó mirándoles mientras daba caladas a su cigarrillo y mostraba su semblante de hombre maduro de vuelta de la vida. Al de un rato, cuando Ugalde se disponía a encenderse otro cigarrillo, el camarero se acercó, sabiendo que su cliente esperaba desde hace un tiempo. Ugalde pidió un café con leche, “y dos sobres de azúcar”. El camarero engominado se acercó a la cafetera y empezó a preparar la bebida. Ugalde se giró y se acercó a la única mesa que quedaba libre en toda la cafetería. Allí, rodeado de cuadrillas de jóvenes que no paraban de hablar y de reír, Ugalde se sintió sólo. Sólo, no ya en aquel ambiente repleto de juventud, donde no encajaba, sino que se sintió sólo en la vida. Empeñado como estaba en soportar aquellas dos horas de espera hasta la salida del autobús hacia su casa, Ugalde prefirió sentirse sólo allí. Traía en sus manos un libro que había comprado en una librería cercana al edificio donde había tenido lugar el congreso literario, pero en aquel momento, leer a García Márquez le parecía menos interesante que sentarse a contemplar a aquellos seres llenos de ilusión.

El camarero regresó con el café y un único sobre de azúcar en el plato. Ugalde le recordó que quería dos sobres y el camarero se fue a buscarlo. Mientras se templaba el café, Ugalde se dispuso a observar los gestos y las palabras de sus más inmediatos

compañeros de cafetería. Se trataba de cinco jóvenes, dos chicos y tres chicas, que charlaban sobre algún examen que iban a tener al día siguiente. Ugalde les miraba fijamente, observando cada detalle de sus movimientos, de sus gestos, de sus caras, de sus ropas. Cualquiera que le hubiese visto pensaría que Ugalde era una especie de perverso, al que le gustaba mirar. Pero Ugalde sabía bien lo que hacía. Estaba viviendo a través de los jóvenes. Su vida estaba tan vacía que, al igual que hacen muchas personas con las vidas de los famosos, que se tornan como parte importante de sus propias vidas y las toman como suyas, Ugalde hacía lo mismo con las personas de la calle. Sobre todo con los jóvenes. Veía en ellos a sí mismo cuando era un joven aspirante a escritor que no había escrito una sola línea en su vida. Se disculpaba entonces diciendo que todavía era joven y que ya le vendría la inspiración para escribir esa gran novela que le sacase del letargo en el que vivía.

Lo malo fue que la juventud se le fue tan pronto como llegó y sus ansias de escribir seguían intactas, pero su productividad también. Solía decir Ugalde que se dio cuenta de que ya no era joven cuando descubrió el jazz. “Dicen que el jazz es rock menos juventud”, decía a quien quisiera escucharle. En esos momentos en que el jazz invadía sus oídos se sentía nostálgico y perdedor. Se ponía melancólico mientras sonaban los acordes de Charlie Parker o de Dizzy Gillespie y era entonces cuando sabía que su vida no iba a ser la soñada, ni siquiera se acercaría.

El camarero le trae el segundo sobre de azúcar y cuando Ugalde va a probar el café, se da cuenta de que se ha quedado frío. Ni siquiera pasa por su cabeza el pedirle al joven engominado que le caliente el café. Prefiere tomarlo frío. Lo remueve una y mil veces hasta asegurarse que el azúcar se ha esparcido lo suficiente. Entonces se centra en otro grupo de jóvenes. También ríen y hablan. Ríen más que hablan y esa es una cualidad de la juventud, que no tiene tiempo para desdichas ni desgracias. Al hacerse

uno mayor, y eso Ugalde lo comprobó en primera persona, uno ya no tiene tantas ganas de reír y sí de hablar. A veces hasta de llorar. Pero Ugalde no se ha permitido siquiera esto. Ni siquiera cuando abandonó la etapa más feliz de su vida, precisamente en esta ciudad, hace veinte años. Cuando ésta era una ciudad industrial que olía a humo de fábricas y a lluvia sucia.

Retazos de una conversación. “No sé por qué te voy a contar esto”, le dice Ugalde a Antonio. “La verdad es que nunca se me ha dado bien hablar de mí, pero esta tarde me pareces amigable y me siento con ganas de hablar”. “Pues aprovecha, hombre”, le dice divertido Antonio. Él es así, se dice Ugalde. Es un tipo que pasa por la vida riéndose de todo y de todos. Es feliz porque nunca ha tenido sueños ni ilusiones. Se contentaba con encontrar un trabajo digno y una esposa que le hiciera medianamente feliz. El problema mío, se decía Ugalde, es que yo me puse unas expectativas demasiado altas y desde hace diez años sé que nunca se cumplirán. Ojalá pudiera ser feliz como lo es él. Pensar que la vida es un divertimento y que lo único que debemos hacer es intentar pasarlo lo mejor posible.

“Hace veinte años estuve en aquella ciudad. Iba de paso y me quedé allí dos años enteros. Fueron, si me permites decirlo, los dos años más felices de mi vida”, comenzó a relatar Ugalde. “Yo también era feliz entonces”, le interrumpió Antonio, “no veas lo rebuena que estaba entonces mi mujer y lo bien que lo pasábamos y no ahora que se ha convertido en una especie de esfera, que no hay por donde cogerla. Ni ganas que tengo”.

Aquella interrupción prosaica le pareció a Ugalde que quizás su interlocutor no era el apropiado para la historia que iba a contarle. Siempre hace chanza de todo, se dijo. Nunca se pone serio, ni siquiera en el trabajo. Se piensa que la vida es un juego de niños donde reina la diversión y la alegría. Quizás para Antonio sea así, pero no para mí.

Se había parado Ugalde a pensar aquello y Antonio le convino a continuar su historia. “Venga, no te pares ahora, que me tienes intrigado”, le dijo Antonio. Ugalde decidió seguir hablando y sacudirse de encima los fantasmas que le atenazaban y que le procuraban aquella sensación amarga de haber desperdiciado su vida desde aquel lejano día en que abandonó la ciudad en la que ahora se encuentra. Así que continuó.

-Allí conocí la misma tarde que llegué a una mujer que me cambió la vida.-
asegura confidente Ugalde.

Unas estruendosas risas de dos chicas sentadas a una mesa al fondo de la cafetería lo sacan de sus pensamientos. El café se ha quedado totalmente frío y ya no le apetece beberlo. Sigue fumando. Mira el reloj y comprueba que ha pasado media hora (veinte minutos) desde que entró en aquel lugar. “¿Realmente la conocí aquí?”, se pregunta. “Si ni siquiera recuerdo su cara”. Su mente se había esforzado por alejar a Isabel de su vida. Tan lejano e incierto era el recuerdo que había veces en que pensaba que todo era producto de su imaginación, que formaba parte de algún relato que tendría en mente y que jamás llegaría a escribirse. “Ni siquiera reconozco la ciudad”, se dijo.

Decidió dejar de pensar en historias que igual no habían sucedido y se sumergió en la lectura de “El amor en tiempos del cólera”. Antes de proseguir con la lectura, que apenas había comenzado, “aunque ya me conozco el libro”, decidió pedir otro café para justificar su presencia en aquella cafetería que se le aparecía ahora extraña. Llamó al camarero y éste apuntó el pedido sin dejar de observar el caldo frío que llenaba la taza que había sobre la mesa. No quiso ni preguntarle. Ugalde encendió un nuevo cigarrillo, “fumo mucho, demasiado para mi edad”, y procedió a solazarse con la lectura de aquella novela de amores retrasados y correspondidos tardíamente. “Aquel sí que era un buen libro”, se dijo. “Contenía todo lo yo como lector y como ¿escritor? deseaba en una

obra de ficción. Mataría por haber escrito esa historia de Florentino Ariza y su otoñal amada”.

Si bien no escribía mucho, “casi nada sería más certero”, Ugalde no paraba de leer y releer. Creía que para aprender a escribir había que leer mucho y su infancia y juventud estuvo llena de libros, “casi no hacía otra cosa”. Leía todo tipo de libros, pero preferentemente buscaba historias, historias que luego repetía a sus amigos con la certeza de estar enseñándoles y de crearse un aura de intelectual y conocedor. Aquellos amigos lo admiraban cuando relataba una de esas historias y le creían sinceramente cuando decía, muy serio, que algún día sería escritor. Hoy, la mayoría de aquellos amigos están desaparecidos, que no quiere decir muertos, “muertos para mí sí están. Hace tanto que no sé de ellos que es como si ya no existieran”. Unos han triunfado en la vida, si a eso llamamos lo que Ugalde desdeña: “Eran de risa fácil, no tenían problemas y tampoco querían buscarlos. Sus expectativas en la vida eran muy sencillas, las mismas que Antonio. Creo que lo habrán conseguido. Cuando uno se pone metas muy altas, si lo consigues te creces y te sientes un ser superior. Pero como no lo consigas, tu vida estará vacía y no tendrá sentido”.

Entre sus lecturas preferidas estaban las novelas policíacas y de intriga. “Me gustan porque son relatos de la vida”. Poco después, con dieciséis años descubrió otro tipo de lectura, “una lectura más gratificante, más poética y literaria, un sabroso manjar para los oídos”. En aquella época leyó “El amor en los tiempos del cólera”. Ahora sí que ha probado el café, aunque hubiese preferido no hacerlo ya que tiene un intenso sabor amargo a pesar de los dos sobres de azúcar que le ha echado. Hubiese pedido otro pero no se ve con fuerzas. Las risas y la conversación altisonantes de los que le rodean le impide concentrarse en la lectura. “A García Márquez hay que leerlo en silencio”. Decide, así, dejar atrás la lectura, el café y la compañía de aquellos jóvenes y se dispone

a marcharse de la cafetería. Se acerca a la barra y, mientras el camarero sigue enfrascado en otra conversación, esta vez con una joven rubia, Ugalde se da la vuelta y pasea su mirada triste por el lugar. Todos ríen menos él. “Todos menos yo tienen motivos para hacerlo”.

El camarero le ve y se acerca, contoneándose, para que la chica rubia le mire y se ría. Ugalde le da lo que le pide por un café que no ha tomado por quedarse frío y por otro café que no ha tomado por su amargor. Cuando el camarero se da la vuelta para apuntar el pago en la caja registradora, Ugalde tiene una visión de una catedral románica de aspecto imponente. Cree firmemente que está situada en esta ciudad y como todavía le queda algo más de una hora para coger el autobús de vuelta, ha decidido darse un paseo por allí, “un edificio conocido puede traerme la memoria de esta ciudad”. Pregunta al camarero por el monumento. “Sí, se encuentra al final de esta calle. Cuando llegue al final, tuerza a la derecha y se dará de lleno con ella”. Ugalde le da las gracias y se despide con un susurrado adiós que el camarero no oye, enfrascado en la conversación que ha reanudado con la rubia.

Sale Ugalde de la cafetería y se da de bruces con el portal que le recordó la conversación mantenida hacía tres días con Antonio. “Al llegar allí, me encontré con que no sabía que hacer. Acababa de llegar a aquella ciudad y no conocía a nadie, así que entré en una cafetería situada en la parte vieja”, sigue relatando Ugalde. “Fui directo a la barra y me tomé una cerveza de un trago. Como había por allí chicas guapas, me pedí otra y me senté en una mesa cercana a la de una chica que se encontraba sola, leyendo un libro que no acerté a reconocer en un primer instante”. Antonio le escucha ensimismado. Ugalde no habla mucho de sí, pero la experiencia de relatar a sus antiguos amigos aquellas historias que leía en los libros le hace pensar que a Antonio le está contando uno de esos relatos. “Era como si aquella historia no me perteneciera, no fuera

parte de mi vida. Me parecía, mientras se la contaba a Antonio, que la había leído en algún libro y por eso me salía tan fácilmente”. Antonio se lo agradeció siendo un buen interlocutor, interrumpiendo lo mínimo el relato y asistiendo impertérrito a las palabras de Ugalde, que se iba creciendo según avanzaba en la historia.

La vista de aquel portal no le gustó. Le pareció extraño pero conocido a la vez y aquello le inquietaba. Decidió dirigirse hacia la iglesia que recordaba tan bien como si tuviera una fotografía del edificio impresa en su mente. Caminaba desgano, como si se estuviera muriendo de una puñalada en un mal sitio y no tuviera fuerzas para caminar. Sujetaba firmemente el libro de García Márquez en una mano mientras en la otra se perfilaba un cigarrillo. La hora de la tarde llenaba aquella calle de transeúntes que caminaban despacio; parejas de novios, matrimonios con hijos que corrían sin cesar, y que hacían sentir a Ugalde más sólo todavía.

Decidió apresurar su paso y antes de terminar aquel cigarrillo que llevaba entre los finos dedos de sus manos, se topó con la catedral que buscaba. “No es la misma”, se dijo. “Aparece más nueva, como retocada. No es como me la imaginaba, o como la recordaba”. Ciertamente, la catedral había sufrido un importante lavado de imagen que la había dejado como recién salida de las manos de aquel maestro cantero que la proyectó entre las estrechas calles de una, entonces, pequeña ciudad.

Ugalde se paró justo enfrente de ella. Entonces reconoció el pórtico de la catedral, que aunque pintado recientemente, era tal y como lo recordaba. Junto a ese pórtico se había declarado a Isabel uno de los días en que la conoció profundamente, cuando la noche los abrazaba a los dos, únicos seres en aquella plaza sobre la que se situaba la catedral.

Antonio no para de fumar mientras escucha a Ugalde, que por primera vez se muestra caudaloso con las palabras. “La chica aquella era una preciosidad. Me senté

enfrente de ella y la observé atentamente mientras ella seguía leyendo lo que luego me di cuenta que era una novela rosa. Durante diez minutos ni yo alejé mi mirada de ella, ni ella separó la suya de aquel librito delgado y desgastado. Tenía el pelo moreno, tan oscuro y brillante que la luz del techo de la cafetería se reflejaba en él. Lo llevaba largo y le tapaba casi la cara, pues estaba inclinada sobre el libro para leer mejor. Digo casi porque entre el pelo se adivinaban unos grandes ojos negros vivaces y curiosos. Abría de vez en cuando aquellos ojos, que leían ensimismados las letras que contenían aquellas páginas. Observarla era una delicia. Igual que contemplar un cuadro hermoso. Observé cada detalle de su cara. Tenía una naricilla pequeña y un pelin respingona que movía al compás de su respiración. La boca era como una fresa, delicada, sabrosa, dulce, apetecible, aún llevándola sin pintar. No debía tener más de veinte años y eso se notaba en sus gráciles movimientos y en su piel tersa, morena. Cuando acabé de contemplarla en su mismidad, me di cuenta de que estaba locamente enamorado de aquella chiquilla y que debía conocerla. Armándome de valor, me acerqué a ella y le pregunté qué leía con tanto interés. Levantó la cara del libro y me sonrió. Aquella sonrisa no era de este mundo. Aquella sonrisa me transportó a un mundo nuevo, donde reinan los ángeles y donde nada malo puede sucederte. Con una voz dulce afirmó que una novela de amor.

Ugalde se siente transportado hasta veinte años atrás, cuando era un joven de 21 años que llegaba a aquella ciudad por primera vez. El tiempo pasa sin demora y no se detiene a esperar a los que lo desean. Miró el reloj y comprobó que le quedaban cuarenta y cinco minutos hasta la salida del autobús. “¿Sería posible que todavía viviera en algún rincón de esta ciudad irreconocible Isabel?”

“¿Me dejas verla?, le dije”. Antonio asiste interesado al desenlace de la historia de Ugalde. Ni siquiera se acuerda del paquete de cigarrillos que yace sobre la mesa y que no toca desde hace media hora. “Todo un récord, Ugalde, todo un récord. Pero sigue...”

-Claro-, me dijo ella. -No es un libro muy bueno, pero a mí me gusta.

-Corín Tellado.- confirmó Ugalde con el libro entre las manos. -Vaya, yo pensaba que ya no se leían estos libros. ¿De qué va?.

-Oh, es una historia de amor muy bonita-, y se rió con ganas.

Y Ugalde aprovechó también para reírse. Viéndola reír a ella se le olvidaba todo lo demás. Y reía sin parar. -¿Qué cursi, no?-, dijo ella.

-No sé. A mí, a veces me gustan las historias cursis. Depende de quién las escriba. ¿Te gustaría leer un libro sobre el amor, bueno de verdad?.

-Sí, claro-, respondió ella intrigada. -¿Dónde lo tienes?

-Sígueme, lo tengo ahí fuera,- le respondió Ugalde enigmático. -A no ser que estés esperando a alguien,- se aseguró la salida.

-No, vivo ahí enfrente y estaba pasando el rato. Es que no hay nadie en mi casa y no tengo llaves para entrar.

Aquella confianza le hizo a Ugalde mostrarse más seguro. No parecía tener novio, se dijo y estaba desamparada, por lo menos en aquel instante.

-Vamos afuera entonces,- la invitó.

Salieron los dos juntos de aquella cafetería y tras caminar media manzana, Ugalde entró en una pequeña librería. Ella se quedó fuera esperando, sin saber cómo reaccionar. Ugalde le extendió la mano y ella, tímida, la asió y penetró en la tienda. Dentro les esperaba un señor de edad incierta, aunque avanzada, con gafas caídas sobre la nariz y escaso pelo que se peinaba intentando disimular su calvicie. Llevaba una chaqueta de lana marrón que aparentaba la misma edad que su dueño. No parecía una librería como

las que gustaban a Ugalde, “de esas que tienen tantos libros que eres capaz de pasarte una tarde entera solamente leyendo el primer párrafo de cada uno de ellos”. Era una pequeña tienda que debía dedicarse más bien a libros de texto que a literatura. Pero Ugalde tuvo suerte y encontró él que buscaba en un rincón. Se acercó, lo tomó entre las manos y disfrutó leyendo para sí las primeras líneas de aquella obra:

“Era inevitable: el olor de las almendras amargas le recordaba siempre el destino de los amores contrariados”.

Se trataba de “El amor en los tiempos del cólera”, escrito en 1985 por Gabriel García Márquez. Ugalde lo cerró y sin dejar de mirar a Isabel, que se encontraba en otro rincón de la tienda curioseando, se acercó a pagar el libro. Una vez que lo hubo pagado, pidió al hombre de la librería un bolígrafo. “Es para dedicarlo, sabe”, le dijo. El hombre le alargó uno que tenía guardado en un bolsillo de su chaqueta. Allí, Ugalde se agachó sobre el mostrador y comenzó a escribir en la tercera página del libro y con una letra límpida y clara una dedicatoria para la chica que acababa de conocer. Eligió aquella página porque era la que se encontraba justo antes de comenzar el texto del libro. Terminó de escribir y se acercó a la chica. Ella se dio la vuelta.

-Toma. Esto es para ti. En este libro sí que se habla del verdadero amor. Pero antes de qué lo cojas, me gustaría saber tu nombre-, le dijo Ugalde, envalentonado por todo lo sucedido antes.

-Me llamo Isabel-, le dijo ella. Y cogió el libro. Leyó el título que en sus labios sonaba “maravilloso”, como le contó Ugalde a Antonio.

-“El amor en los tiempos del cólera”. ¿Qué extraño título para un libro sobre el amor?. -Lo mejor del libro está en sus páginas, no en la portada. Yo me llamo Juan-, le anunció humildemente.

Ella iba a abrir el libro y Ugalde, que no quería que viera la dedicatoria porque le daba vergüenza que la chica se riera de él, se largó de allí corriendo, sin tiempo a despedirse.

“Pero, ¿Porqué te fuiste?. La tenías en el bote”, le aseguraba Antonio. Ugalde se quedó pensativo, momento que aprovechó Antonio para encenderse un cigarrillo. Las tazas de café y las copas de licor se amontonaban sobre la mesa. El cenicero se encontraba a rebosar. Como Ugalde seguía ensimismado, Antonio hizo un gesto con la mano al camarero. Éste acudió solícito y Antonio le pidió que se llevara todo aquello y que trajera un cenicero limpio y algo de beber: “¿Qué quieres, Ugalde?. ¿No tomas nada?. Bueno, pues una de nada para mi compañero y una cerveza para mí”. El camarero recogió todo y se fue hacia la barra. “Me la voy a beber a tu salud, Ugalde”, le dijo Antonio a Ugalde, que seguía pensativo. “Mira que eres tonto, le regalas a la chavala un libro y luego te vas, sin más ni más. Eres de lo que no hay”.

Pero la volví a ver al día siguiente, se recuerda Ugalde frente a la catedral. Y al siguiente, y al otro y así todos los días hasta cumplir los dos años que estuvimos juntos. Hasta aquel triste día en que decidió marcharse de la ciudad y de ella. De repente, su vista se fija en un pequeño tenderete, situado en un alledaño de la catedral, donde una señora mayor, de pelo canoso retorcido y corto, vende libros usados. “Eso parece”. Ugalde se acuerda del libro que tiene entre manos y de la dedicatoria que le escribió a Isabel y no puede refrenar un impulso de llegarse hasta el pequeño puesto y comprobar algo que tiene en mente. “¿Qué decías?. Gracias”. La llegada del camarero con la cerveza ha interrumpido el monólogo que sostenía consigo mismo Ugalde. “Decía que la volví a ver al día siguiente”. Antonio no puede reprimir un “¡Qué suerte!”, mientras lanza su boca hacia el morro de la botella. “Pasé la noche en un hostel cercano que me salía barato. Aquella noche no pude dormir pensando en ella y en lo que ella pensaría

cuando leyera la dedicatoria, –siguió Ugalde-. La tarde siguiente volví a dejarme caer por aquella cafetería. Entré con la ilusión de verla pero no estaba allí. Decidí esperar por si aparecía. Me senté en una mesa apartada desde donde podía vigilar la entrada. Tenía un café sobre la mesa que ni siquiera había comenzado a beber cuando ella entró. No me vio al principio y mi timidez me impedía avanzar hacia ella y saludarla. Fue ella la que me saludó desde la barra de la cafetería. Me hice el despistado y embutí mi cabeza en el periódico que llevaba conmigo, haciendo como que me interesaba mucho lo que leía. Ella se acercó hasta mí.

-Hola,- me dijo. -¿Interrumpo algo?

-Hola,- acerté a decir como sorprendido de verla. –La verdad es que no. Es un simple artículo. Siéntate.

-No puedo. Tengo que irme a casa. Solo quería darte las gracias

-¿Te gustó el libro?,- le pregunté.

-Me refería a la dedicatoria. Todavía no he empezado a leer el libro.

-Bueno, fue algo que se me ocurrió. No le des importancia,- dijo Ugalde, restando méritos a lo que había escrito.

-Me gustó mucho.

Silencio. -Me tengo que ir-, dijo como esperando una invitación a quedarse.

“Esta claro que quería algo”. El prosaico Antonio volvía a las andadas. “Por segunda vez en mi vida me armé de valor y le pregunté si podíamos vernos al día siguiente. Ella me dijo que sí, que como era domingo, tenía toda la tarde libre. Y quedamos en vernos a esa misma hora en ese mismo lugar. Jamás esperé con tanta ansia e ilusión la llegada del día siguiente, de aquel domingo que iba a certificar la etapa más feliz de mi vida.

Ugalde llega al tenderete y revisa el reloj. “Domingo. Veinte minutos para coger el autobús. Todavía tengo tiempo”, se dice. No hay nadie más mirando libros, así que Ugalde puede moverse con entera libertad por entre la centena de libros manoseados, rotos y olorosos. Tras un rato mirando comienza a desesperarse y enciende un cigarrillo. La lumbre del mechero le arroja la luz suficiente como para advertir que lo que busca se encuentra junto a la vieja que atiende el puesto. Echa una calada al cigarrillo y pide ese libro a la vieja, que lo mira recelosa. Lo abre rápidamente y busca algo que desea encontrar. Pero no lo encuentra. La tercera página de este libro ha sido arrancada a propósito. “Sentí que me moría. Todos mis anhelos se encontraban en aquella página”. Siente un impulso y pregunta a la anciana si sabe a quién pertenece ese libro. “Claro que lo sé. Todos los libros que ve aquí son de gente que ya no los quiere. Me los dan a mí para que los venda y pueda sacar algún dinero para vivir.” “Se lo compró si me dice de quién es y donde puedo encontrar al dueño”, le dice Ugalde. La vieja le mira de nuevo y advierte, por el tono de voz, que está desesperado. La mirada vacía de Ugalde se lo confirma. “Es de un matrimonio que vive cerca de aquí”. Ugalde recuerda para su ahora amigo Antonio cómo fue aquella relación. “Era especial. Todo lo convertía en divertido, era imposible aburrirse con ella. Me daba un cariño que me parecía desmesurado. Incluso, cuando le conté mis anhelos de llegar a ser un escritor, me alentaba a escribir, a no cejar en mi empeño. Mi vida allí transcurrió feliz. Las relaciones amorosas eran...”, Ugalde se para. Nunca ha sido amigo de confidencias sexuales y no quiere cosificar lo que sentía por ella y lo que ella sentía por él. Le parece que describir con palabras aquella relación de dos años era como intentar echar el lazo al último unicornio vivo para comérselo después. Era matar la llama viva del recuerdo. “¿No me vas a contar nada sucio?”, le espetó Antonio, mientras apuraba su segunda cerveza. “No, creo que ya te he contado bastante”.

Ugalde se acerca presuroso a la dirección que le ha dado la vieja. Lleva el libro en la mano y no fuma. Se para frente al portal que hacía casi dos horas le había traído ciertos recuerdos. Se gira y ve la cafetería donde antes había estado observando a los jóvenes. “Es cierto que esta ciudad había cambiado tanto”. Se queda allí, parado en medio de la calle dudando si entrar al portal o a la cafetería.

Mira la hora y se percata de que tan solo le quedan diez minutos para coger el autobús, largarse de esta ciudad y olvidarse para siempre, “otra vez”, de Isabel y de todo lo que la rodea, incluido el libro. En ese momento se siente más solo que nunca. Necesita asirse a alguien que le guíe el camino a tomar. En un momento, piensa en irse hacia la parada del autobús; al siguiente, en entrar al portal y en otro, sus pasos se dirigen hacia la cafetería. El tiempo sigue pasando inexorable “y ni los que lo desean pueden pararlo”. Está tan nervioso que no sabe que hacer. Enciende un cigarrillo y mira la hora. “Cinco minutos”, se dice. “¿Qué hago?”, se pregunta amargamente. Y como movido por un resorte, empieza a andar hacia la cafetería, sin saber porqué. Entra con el libro en la mano (“Era inevitable...”) y ve a Isabel sentada en la mesa más apartada de la cafetería. Se acerca tembloroso y ella, que se pone en pie, le pone un dedo en la boca y le susurra: “Llevo mucho tiempo esperándote”.

FIN